

La Universidad en la Encrucijada del Cambio Social en Chiapas

Jorge Luis Cruz Burguete

El Colegio de la Frontera Sur

Resumen: A partir de la creación de los mercados comunes y del nuevo reparto mundial (1970-1989) de las economías y de la población de los países llamados pobres la frontera sur de México muestra la cara más lastimada. Sin embargo, la lógica inclusiva (propia de la cultura maya) nos permite comprender los “mundos sociales” de esta región, y ayudarnos a resolver los graves problemas que nos hacen pasar tanto nuestra *modernidad postergada* como nuestra *globalización tardía* y el *liberalismo social inconcluso*. En esta grave tarea está inmersa la Universidad, siempre y cuando atienda a sus funciones sustantivas de investigación, docencia (formación profesional) y extensión de la cultura.

Palabras clave: universidad, investigación, estudios, docentes, educación.

Abstract: *Starting from the creation of the common markets and of the new world allotment (1970-1989)—de the economies and of the population of the countries called undeveloped—the south frontier of Mexico shows the hurt face. However, the inclusive logic (characteristic of the Mayan culture) it allows us to understand those “social worlds” of this region, and to help us to solve the serious problems that make us pass so much our modernity deferred as our late globalization and the unconcluded social liberalism. In this serious task the University is put, provided he/she assists to their fundamental research functions, teaching practice (professional formation) and extension of the culture.*

Key words: *university, investigation, studies, education.*

Antecedentes

Hace algunos años escribí acerca de la Universidad, pensando en la importancia de la investigación. Hubieron algunas felicitaciones, pero poco hemos podido hacer desde entonces para cumplir con las serias y muy actuales—funciones sustantivas de nuestra Universidad. En aquel momento me preguntaba: ¿no es la Universidad el espacio propicio para crecer y desarrollarnos, para ser y hacer a los mejores hombres y mujeres de estas tierras? Considero que aquellas primicias de investigación social y educativa siguen vigentes; recordaremos algunas notas de antaño. Luego daré mi opinión acerca de este intrincado tema de educar y globalizar, o a la inversa, que resulta mucho peor, cuando primero se globaliza y luego se argumenta que es en bien de la educación.

En 1990, las preocupaciones de los universitarios se resumían en:

1) Saber, para asumir o evitar, el peso de la crisis económica que se traducía en reducciones presupuestarias, adelgazamiento de las nóminas y disminución de las matrículas, o cierre y clausura de carreras.

2) Conocer para comprender, planificar y resolver los motivos por los cuales los universitarios no concluían su formación profesional. “De 8,666 egresados en 15 años de vida universitaria, sólo se han titulado 1685, que significa el 19.44% del total”, rezaba un documento, inédito desde esos años.

3) La disyuntiva que exigía el futuro era: seguir soslayando una explicación y, en consecuencia, una solución a ese comportamiento; o bien, generar el marco propicio que evitaría el “encadenamiento funcional” de los estudiantes egresados, ligados a la UNACH por omitir un último proceso: el título, corolario de la estadía universitaria y de los proyectos personales de superación.

Las seis causas principales de aquellas condiciones se resumieron en:

a) La indefinición de las líneas de investigación que permitieran el desarrollo curricular de las carreras, el apoyo a los programas de estudios y el fortalecimiento de los perfiles profesionales. Este aspecto tenía que ver con la organización del currículum, los ejes formativos de investigación, los proyectos académicos para cada una de las carreras y, finalmente, con los seminarios de tesis profesionales.

b) La carencia de asesorías; se argumentaba que eran escasas, superficiales y de mala calidad, pues significaban actividades complementarias o de “relleno” en las cargas académicas de los docentes.

c) La falta de incentivos para tesis, pues la UNACH adolecía de becas, pobreza de las bibliotecas universitarias, desorganización en la realización de talleres de tesis, y apatía generalizada por la titulación.

d) Además había crecido sustancialmente la población estudiantil entre 1975 y 1989, sin que se incrementara el personal académico significativamente.

e) Por otra parte, las opciones de titulación eran limitadas, confusas y obsoletas.

f) Finalmente, se festejaba demasiado a los egresados sin título (legitimándolos institucionalmente durante las ceremonias de “graduación”). Esta actuación respondía más a la promoción de los dirigentes universitarios, que a la regulación normativa de la titulación universitaria.

Si en 1990 había 8 666 egresados, con 1 685 titulados, que significaban 19.44%; en 1995 había 14 000 egresados, con 3 000 titulados que significaban 21.42%. Además, el crecimiento horizontal de la Universidad contaba ya con 27 licenciaturas, 13 especialidades, diez maestrías y un doctorado.

Los aspirantes a escuelas y facultades eran 4 559, de los cuales 2 503 fueron aceptados (poco más de 50%), siendo sólo de primer ingreso 2 100. En el posgrado se presentaron como aspirantes 3 129, de los cuales fueron aceptados 1 559, siendo 1283 para el primer ingreso. Ante estos datos uno puede preguntarse: ¿por qué ese interés en el posgrado?, ¿de dónde surgen tantos aspirantes?, ¿qué relación existe entre los egresados sin título y esta nueva generación de posgrados?

Además, como nuestra universidad no contaba con la planta docente que pudiera garantizar el desarrollo de los posgrados, tenía que contratar personal de fuera. Esta situación presentaba, al menos, dos graves problemas: la falta de compromiso académico entre quienes vienen por unas horas y quienes reciben clases con profesores de paso y, en consecuencia, la falta de continuidad y consistencia en la formación del posgrado; ya que con el afán de cubrir los gastos de docentes externos —tanto como la administración de los posgrados (autofinanciables)—, se llenaban grupos y creaban nuevas generaciones de posgraduantes, sin importar el futuro de estos universitarios.

En cuanto a los niveles del personal académico, en ese mismo periodo había: 24 técnicos, 18 pasantes de licenciatura, 735 titulados con licenciatura, 68 con especialidad, 57 con maestría y cuatro con doctorado, que en total sumaban 906 docentes. Esta distribución mostraba, en parte, la estructura ósea de nuestra Universidad.

Poco después, traté de relacionar esa realidad universitaria con su contexto social y entonces escribí:

Con la puesta en el escenario mundial —las “legendarias Chiapas”— hoy en día no es difícil caracterizar esta entidad. Basta con

decir que Chiapas ocupa el tercer lugar a nivel nacional por su población natural de origen maya, que se localiza en el extremo sureste de la república mexicana, que vive la más intensa relación pluricultural e interétnica, y que ha sido en los últimos meses el foco de atención nacional e internacional.

Junto con su variedad geográfica y ecológica se produce una gran diversidad climática. Las distintas regiones chiapanecas cuentan con un alto nivel de humedad, gracias a la precipitación pluvial de 3 000 mm anuales, por lo que recibe —junto con Tabasco— 9.6% de toda el agua de lluvia que cae en México. Esta situación se traduce en un territorio muy fértil, productor de la inmensidad de las sabanas en la región costera, o la profundidad de la selva en la Lacandonia, donde abundan montes altos perennifolios, gigantescos pinabetos y ricas variedades de maderas preciosas.

Desde la perspectiva social y cultural, la diversidad es aún más sorprendente: junto al desarrollo de la sociedad moderna (escasas ciudades medias), proliferan pueblos descendientes de la cultura maya, con ricas tradiciones culturales, formas de organización comunitaria, costumbres y lenguas propias. Entre las lenguas precolombinas mayoritarias de México, por el número de sus hablantes, el tzeltal y tzotzil ocupan el quinto y noveno lugar respectivamente.

De los recursos naturales no renovables, como el petróleo y el gas natural, el norte de Chiapas contaba desde 1979 con 76 pozos en explotación; lo cual representaba 25% del total nacional; con los incrementos del último sexenio llegan a 110 pozos, lo que significa una producción de 22 779 000 barriles de petróleo crudo y 186 772.10 millones de pies cúbicos de gas natural, para el año 1993.¹

Además, con el complejo hidroeléctrico de la vertiente del Grijalva, la entidad produce 56% de la energía hidroeléctrica nacional, o 20% del total de electricidad de la república mexicana.²

¹ Cfr. Agenda Estadística Chiapas, Secretaría de Hacienda, 1994.

² Cfr. Cruz Burguete, Jorge Luis (1988), *Políticas regionales y desintegración social: el cambio violento de Osumacinta y Chicoasén (1974-1980)*, tesis de maestría en sociología, IISUBJO.

La producción agropecuaria, la explotación de hidrocarburos y la generación de energía eléctrica son las actividades económicas sobresalientes de la entidad. Pero eso no sería posible sin la participación de poco más de la tercera parte de la población chiapaneca. En el Censo de 1990 existían ya 2 037 245 personas mayores de 12 años; de los cuales, 874 267 correspondían a la población económicamente activa, mientras que 854 159 estaban ocupados y 20 108 desocupados. De ellos, 57% se dedica a las actividades agrícolas y pecuarias, 6% al sector secundario y 13% al sector terciario.

En cuanto a la distribución de la superficie chiapaneca por uso del suelo, la relación sujeto-objeto de producción no ha variado en las últimas décadas. El 68% de la superficie se dedica a actividades agrícolas y agropecuarias, 26% a pecuarias únicamente, y 6% a otras actividades diversas.³

En el conteo de 1995, Chiapas tenía 3 210 496 habitantes, siendo 49.99% hombres y 50.01 % mujeres. Si a nivel nacional la tasa media anual de crecimiento es de 2.1%, en Chiapas es de 4.52%, además, como en la geografía chiapaneca rural se llega a una TMAC de 7.0%, se esperaría la duplicación de la población en un periodo no mayor de 13 años.

De la información estadística anterior se pueden inferir varios problemas, algunos ya manifiestos y otros en franco proceso de emergencia:

1) La población chiapaneca se encuentra en su mejor momento de reproducción social, lo que nos hace una entidad con altísimo índice de crecimiento.

2) La demanda de empleos es cada vez mayor y, al final del milenio, estuvimos demandando empleo alrededor de 2 000 000 de personas.

3) Se está produciendo una gran tendencia a la migración campo-ciudad (1 296 742 población urbana, 1 913 754 rural),⁴ lo que se traduce en una creciente demanda de habitación y servicios en las ciudades.

³ Cfr. Agenda Estadística Chiapas, Secretaría de Hacienda, 1994.

⁴ Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, INEGI, 1993.

4) El desarrollo de los cultivos comerciales (como el café, la caña de azúcar, el plátano, el cacao y el algodón), así como la explotación de los bosques y la ganadería, están desplazando los cultivos de granos básicos (como el maíz y el frijol); lo cual genera una fuerte dependencia alimentaria y comercial de otros productores y mercados externos.

Bueno, bueno, y ¿qué podemos hacer los universitarios? Lo primero que se me ocurre es que cuando los universitarios deciden asumir su compromiso y definir el horizonte histórico de su actuación con la sociedad chiapaneca, lo único imperativo e insoslayable es aprender a conocer y conocernos, y así educarnos para transformarnos, lo que implica fortalecer las funciones sustantivas de la Universidad.

En esa noble misión confluyen intereses múltiples, racionalidades distintas y valoraciones diversas, pero una sola meta se sobrepone: hacer vida universitaria plena. Salta entonces a la vista una imagen del pasado, llena de viscosidades, desregulaciones, conflictos y rupturas; escenarios cubiertos de contornos irregulares, indefiniciones intencionales y diversos intereses. Pero en cualquier situación problemática se aprende, y hemos aprendido mucho, al menos para no repetir los errores del pasado. Después de estos antecedentes, pasemos ahora al tema de nuestra presentación.

La Universidad ante la encrucijada de los cambios sociales

En Chiapas vivimos la velocidad de los cambios, inmersos en la intensidad de los tiempos sociales. Y ese fenómeno es relativamente nuevo, data de la década de los años setenta y se denomina modernidad.⁵

Es con el partaguas del sexenio echeverrista que la modernidad llega con mayor claridad y consistencia a esta región. Asimismo, durante ese sexenio, se van manifestando las contradicciones sociales o económicas, políticas o ecológicas, haciéndose más agudas y profundas; tanto y más que constantes, reiteradas y de consecuencias impredecibles.

⁵ Octavio Paz (1993) ubica a la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX; nosotros nos referimos a los últimos procesos de modernización que adopta el país y que se inician en el sureste de México tardíamente.

Sin embargo, la modernidad no viene sola, trae consigo la escisión de las colectividades, la reificación individual, el utilitarismo, el liberalismo y el pragmatismo económico. Conforme se va tomando conciencia de la modernidad, se va actuando en la construcción de un espacio social, escindido. Desde el mundo mercantil a la moda, la música y la comida, el vestido y el lenguaje, hasta el paisaje urbano van modificándose tan rápidamente como se moderniza la ciudad y el campo. Luego, aparecerán no sólo las “virtudes” sino las consecuencias de la vida en los nuevos asentamientos humanos, sean rurales o urbanos: viviendas en áreas irregulares, invasiones, rupturas ecológicas, necesidades de servicios básicos, desempleo, carestía de la vida, inseguridad y violencia, entre otras.

Hace apenas unos años, los grandes centros de poder económico y político mundial decidieron que los países en vías de desarrollo deberían cambiar sus estrategias de crecimiento. En seguida, los países pobres empezaron a modernizarse, a privatizar cada vez más su economía, adelgazando la burocracia del aparato de Estado y abriendo sus mercados. Todo ello se pensaba llevaría a mejorar los niveles de vida y a reducir la brecha entre ricos y pobres. Sin embargo, en pocos años se ha visto que esas políticas han repercutido drásticamente en contra de los objetivos iniciales: la deuda externa y los servicios de esa deuda se han multiplicado (p.ej. entre 1970-1980, los países industrializados recibieron de los nuestros 147 mil millones de dólares). Además, la fuga de cerebros se incrementa conforme se cancelan las oportunidades de desarrollo personal en nuestros países.

Las supuestas ventajas de la modernización y la globalización no son sino para los grandes. Nuestro país depende cada vez más de las otras economías líderes que del desarrollo interno. Mientras sólo diez familias controlan más de 80% de la riqueza nacional, más de cuarenta millones de mexicanos están viviendo en “carencia” extrema, lo que antes era sólo pobreza. Yo no sé cuál sea la diferencia semántica, pero el tejido social se percibe cada vez más conflictuado y a punto de desembocar en la violencia.

Si para algo sirve el nuevo modelo global, es para mostrar su faz descarnada, su inmisericorde interés monetario, su beligerancia mercantil, su individualismo utilitarista, su cinismo capitalista y su menosprecio científico. De él tenemos que aprender, para producir el cambio, para atender nuestras necesidades más que nuestras

ambiciones, para aprender a vivir y crecer colectivamente más que promover la competencia y el arribismo individual y solitario.

A la par del conflicto y los movimientos sociales, las formas de organización se transforman. Las autopercepciones y heteropercepciones de los sujetos sociales también sufren serios cambios. Se modifican patrones de consumo e inversión del tiempo libre; los diseños de las viviendas y el uso de los espacios domésticos. Aparecen nuevos escenarios públicos y se manifiestan añoranzas: con las familias, los amigos, los colegas.

De tal forma que entre la nostalgia y la utopía nos vemos deambular como hace poco no imaginábamos; pero a la vez nos percatamos que “ayer” no eran así las cosas, que las circunstancias han cambiado, y rápido. Pero queda aún la posibilidad de recrear aquellas o algunas— condiciones que no han muerto del todo. En este contexto emerge, majestuosa, la frontera sur mexicana, y con ella Chiapas.

Al referirnos a este trozo de la patria, viene a nuestra mente la inmensidad del país al que pertenecemos y comparativamente a los opuestos ritmos y niveles de desarrollo— la idea de la frontera norte. Después, tendríamos que imaginar un espacio físico, un territorio delimitado por esas dos fronteras, y posteriormente un Estado que organiza y define tanto límites nacionales como relaciones sociales: de producción, intercambio, distribución y consumo. Es decir, la idea de fronteras nos remite a la expresión jurídica de la formación de un Estado-nación que ejerce su soberanía hacia el exterior, a la vez que genera la dominación y el consenso en su interior.

Sin embargo, deberán darse otras características para que la categoría jurídica de *fronteras* logre materializarse: el hecho de que la población se reconozca como perteneciente a un Estado-nacional, y que dicho reconocimiento se sustente en contenidos históricos, sociales y culturales. Las fronteras carecerían de sentido si no existiera esa conciencia social, si la población no compartiera la historia y la cultura, o si el territorio no se encontrara ocupado. En suma, la frontera cobra vida si, además de las delimitaciones jurídicas, se establecen diferencias sociales, económicas, históricas y políticas.

En esta perspectiva, podemos encontrar fuertes diferencias entre las fronteras de nuestra patria, aun siendo el mismo Estado nacional, sin que por ello se considere como homogéneo el amplísimo territorio entre esos dos “bordes” de la república. Así, pues, tanto más nos

acercamos a la frontera sur, mucho más prolifera la diferenciación sociocultural y majestuosidad agroecológica, contrariamente al desarrollo tecnológico, la singularidad de la racionalidad agropecuaria y las definiciones nacionales de la frontera norte.

Esta diversidad ecológica y cultural del sureste mexicano ha sido motivo principal para definirla como la región más privilegiada del país. Esta región de México se caracteriza por la abundancia de agua (el recurso de recursos), gracias al dinamismo de sus sistemas fluviales, su amplia variedad climática, la gran riqueza biótica y la no menos importante pluralidad étnica y cultural. Víctor Toledo dice:

Dotada de las más amplias plataformas continentales de los mares mexicanos, de los más numerosos bancos de arrecifes coralinos, de las mayores y más productivas lagunas costeras, de la extensión más amplia de planicies costeras atlánticas y pacíficas, de las más extensas comunidades de manglares, de inmensas reservas de aguas dulces, de los mayores ríos y de las extensiones más importantes de selvas tropicales del país, esta región es una de las zonas biológicas más ricas entre las que se ubican y caracterizan al cinturón genético de la tierra (Toledo, 1996:4).

En el seno de ese impetuoso ecosistema, integrador de complejos procesos ambientales y sociales, tuvo lugar el desarrollo de las más logradas culturas del continente americano. El avance de la ciencia y la tecnología alcanzada por mayas, olmecas y zapotecas, aún muestran con sus vestigios las sofisticadas técnicas que hicieron posible la existencia de las grandes civilizaciones hidráulicas.

Junto a la producción de conocimientos para la vida y la satisfacción de las necesidades sociales, los niveles ascendentes de reproducción social manifestaron tanto la capacidad de organización de esas culturas como la viabilidad de su filosofía ecológica. Nuevamente Víctor Toledo señala:

(...) sus poblaciones eran antes de la llegada de los españoles notablemente densas. Existen evidencias que permiten estimarla conservadoramente en 1 millón 700 mil habitantes. Cifra impresionante si se la compara con cualquiera de los asentamientos humanos de la época. Sólo en Yucatán se estimaba una población de más de un millón de pobladores. Tabasco y la región de la laguna de Términos tenía por lo menos 250 mil habitantes. Una cantidad similar se estimaba en la región entre Tonalá y Coatzacoalcos. Y aproximadamente 200 mil personas se encontraban dispersas en las serranías chiapanecas y oaxaqueñas. El Soconusco contaba por lo menos con 80 mil pobladores.

Sin embargo hacia 1550, la población ya se había reducido a 400 mil habitantes, es decir, el 75 por ciento desapareció víctima del primer choque

brutal con los recién llegados. Algunos años después, por 1600, se censaron solamente 250 mil pobladores (Toledo, 1996:5).

Aun así, la colonización de las tierras fue más lenta cuanto más escabroso se presentaba el ambiente topográfico. Esa variable sirvió de “muro de contención”, por algún tiempo, a los avances de los colonizadores; pero también permitió protegerse de las tecnologías agropecuarias europeas, quienes introducirían a la postre— los monocultivos y la ganadería en regiones tropicales. El sureste recibió y resintió desde entonces las acciones de esa mentalidad exacerbadamente racionalista y morbosamente explotadora. Hasta el presente, la concepción de lucro individualista y productividad comercial ha encontrado distintos niveles de resistencia, cuando se trata de preservar los pueblos y las culturas nativas.

Respecto a la sociedad sureña inmersa en esa geografía, y con esas virtudes naturales productoras de un medio físico envidiable, sería fácil inferir un alto nivel de desarrollo social en la región; pero no es así. No obstante su potencial económico, los estados del sureste se han caracterizado por altos índices de marginación, un porcentaje de analfabetismo muy cercano a 50%, y un ingreso menor del salario mínimo para una población de 80%. Al respecto, Pablo Farías indica que:

Las cuatro entidades que conforman la Frontera Sur de México con Guatemala y Belice, presentan un perfil demográfico y de salud caracterizado por elevadas tasas de crecimiento, fecundidad, mortalidad y migración. Su crecimiento económico lento se expresa en condiciones de vida que determinan índices de marginación entre los más altos del país, considerando mortalidad infantil, infraestructura y servicios disponibles a la población, tasas de analfabetismo e ingresos. Adicionalmente, se observan diferencias a nivel inter-estatal e intra-estatal fuertemente ligadas a los asentamientos rurales e indígenas. Esta distribución es particularmente notoria en el estado de Chiapas, donde se observa una relación cercana entre los índices de marginación y la distribución de la población indígena (Farías, 1994:778).

Al menos, por los avances de la ciencia y la tecnología, o sólo por la proximidad de fin de siglo y del milenio —después de haber sorteado diversas vicisitudes hacia el desarrollo social del sureste mexicano— sería deseable haber trascendido fases denigrantes de convivencia y existencia social, así como vetustas y peligrosas formas de explotación de la naturaleza, que provocan conflictos bióticos y generan rupturas ecológicas, agrediendo los sistemas de producción y reproducción social.

Pero... ¿cómo hemos llegado a esta situación? Una visión realista, desde hace poco menos de dos décadas, nos indicaría algunas causas:

A partir de la creación de los mercados comunes y del nuevo reparto mundial de las economías y de las gentes de los países llamados pobres (en medio de sus riquezas naturales)— la frontera sur muestra la cara más lastimada. Y si nos detuviéramos a observar los nuevos escenarios, y cobráramos conciencia de nuestras realidades, veríamos: que los padres de familia, las autoridades educativas y los docentes universitarios estamos estupefactos ante los problemas que les vamos a heredar a nuestros hijos y alumnos. Además, sin conocer las verdaderas causas de la deserción escolar, el consumo de drogas, la violencia intrafamiliar, el desempleo, las carencias de servicios, la sexualidad juvenil, los sentimientos y pensamientos de los jóvenes, poco o nada podemos hacer.

Por su parte, al Estado parece no interesarle demasiado los jóvenes. Monsiváis (Cuarto P., 18.10.98:31) señala: “Tú, joven, finges que te interesa mi proyecto y yo, Estado, fingiré que tengo proyecto”: Ya desde la definición gubernamental, añade Monsiváis, “joven es aquel que, a cualquier edad, padezca desinformación, incertidumbre vocacional y necesidad de palmaditas en la espalda”, pero no se asume la obviedad, que los jóvenes son también sujetos de la atención gubernamental, que requieren respeto a sus libertades y derechos y, sobre todo, que su formación académica es estratégica para el desarrollo de cualquier sociedad.

Sin embargo, la desatención a este importante sector social es preocupante. En 1991 (según INEGI) en el país habían 81 200 000 habitantes, de los cuales 17 500 000 eran jóvenes entre 15 y 24 años y sólo 25.1% frecuentaba un centro educativo. Además, entre 1991 y 1995 ese sector creció a 3.3% cuando la sociedad en su conjunto lo hizo sólo en 2.1%. Pero más dramática es la cifra según la cual en 1990, 11.5 millones de jóvenes entre 14 y 29 años (48%) se quedaron en el nivel de educación primaria y sólo 2.16% se inscribieron en la educación superior.

Por nuestra parte, los universitarios vemos que las paradojas que los jóvenes tienen que vencer se vuelven cada día más difíciles: demostrar que ellos no son el futuro de México, sino su presente, que no son algo aparte, fuera de la sociedad, que algún día se integrarán; sino un conjunto humano incluido en las bondades y problemas del todo social

y que, por lo tanto, no debe concebirseles —ni ellos aceptarlo— como un ejército industrial de reserva ni como la falacia que contribuye a soñar un futuro imposible.

Además, la hija predilecta de este estado de cosas ha sido la comunicación, quien desenfrenada e irredenta ha dado a luz el *escándalo*. Éste puede hacer danzar a hombres y mujeres al son de los medios informativos; encumbrar al ignominioso y seis años después—lincharlo; mostrando grotescamente al *ser* y el *deber ser*, y producir placeres morbosos trocándolos por “desarrollo”, confundiendo rutas y proyectos, objetos y sujetos, hombres y dioses.⁶

Ante nuestras atónitas miradas se levanta majestuosa la gran industria de los medios de comunicación, inmensa maquinaria para banalizar nuestras existencias, restándole importancia a la educación para la vida, para comprender e interpretar el tiempo y el espacio de nuestras existencias. Y como señala acertadamente Enrique D. Dussel, en clara referencia a la bula papal del siglo XVI —cuando se nos concedió el título de seres humanos—, “no se nos ha permitido danzar en el concierto de los seres”.

Este es el desorden que nos ha tocado vivir. Este es el caos en el que difícilmente puedan transcurrir apacibles actores sociales y prolegómenos “deseosos” de contribuir a la constitución de nuevos sujetos, nuevos hombres y mujeres libres. Ya no sería posible excederse en el discurso hacia los pobres, pues la realidad virtual suplantaría la misma realidad concreta.

Tampoco vislumbramos condiciones para hacer atractivas las vías de reestructuración social, ¿acaso todas las alternativas habrán sido expuestas? y, de ser así ¿cuáles de ellas, que apunten hacia el desarrollo sociocultural se han planteado?, ¿cuáles no y por qué? Si bien han existido otras circunstancias exitosas, este modelo globalizador

⁶ En un artículo de Pedro Miguel para la doctora Salma Saab (*La Jornada*, 05.12.95) señala: “Pero no basta con que los encargados teóricos de hacer, y hacer cumplir las leyes y las normas morales se dediquen en realidad a quebrantarlas. Es preciso, además, que los resultados de tal esfuerzo sean dados a conocer, en forma destacada, por un sector de la prensa”. ¿Qué otra cosa sino escándalo es hoy en día el caso de la familia Salinas?

¿podría ser comparado con la rigidez de los paradigmas decimonónicos, en virtud del deterioro social posmoderno?

En esta parda y triste perspectiva globalizadora, saturada de perversos espejismos, no es fácil construir un mundo de personas identificadas con amor hacia la vida, y con respeto a sí mismos y su entorno. Ya que la realidad se vuelve *realidades* contradictorias, ¿cómo saber ahora lo que vendrá, si la crisis política y económica marca el resquebrajamiento de los sistemas?, ¿qué hacer desde la educación superior?, ¿podría darse la posibilidad del cambio?; quizá sí, por cuanto que ahora emerge un proceso en que la sociedad civil (el pueblo, se decía antes) ocupa más y mejores espacios, dando rienda suelta a la imaginación para la formación de nuevos actores con propuestas distintas.

Seguramente la Universidad sea uno de ellos, y tenga que recuperar tanto el espacio social que conquistara cuando nació y se fortaleció, como el hecho de revisar su misión y sus tareas sustantivas, con el fin de evaluarlas y autocriticarlas, y así poder crecer y ofrecer el desarrollo de sus mejores hombres y mujeres. No en vano en este mes y año se ha visto con mayor claridad —pero también con tristeza— el papel importantísimo que jugara el movimiento estudiantil y universitario de 1968. Aunque sabemos y aceptamos— que se marcó una sustancial diferencia entre los dos Méxicos, el de antes y después de 1968, también hay que aceptar que el estado de cosas existentes hoy no son lo mejor y lo deseable para estudiantes ni para profesores ni para profesionistas ni para el pueblo en general.

Y aquí estamos, desde la Universidad y sobre el área fronteriza del sureste mexicano, arribando al siglo XXI, de cara a una sociedad polifracturada, inmersos en una cultura que se desestructura, pero que se recompone constantemente; rodeados de seres atomizados entre el mundo público y privado, pero inmersos en procesos sociales que muestran la vitalidad y firmeza de la comunalidad y la numinosidad del mundo maya.

Con referencia a la educación, las tareas formativas aparecen con mayor frecuencia como reproductoras, mecánicas, aludiendo eficientismos y funcionalismos que sólo sirven para volver a ser lo que seguramente será cuestionado mañana. Sin embargo, lo triste no es únicamente eso, sino que a cada paso que damos, pareciera que retrocedemos, y vemos resurgir los fantasmas que antes ya habían sido enterrados: los de la miseria material y espiritual, las enfermedades

prevenibles y curables, la fragilidad de nuestras vidas ante los fenómenos naturales o ante nuestros problemas sociales, la verborrea de los nuevos líderes, o la falta de información y educación, aun cuando se ostenten títulos y grados académicos deslumbrantes.

Cabalgamos sobre la cresta de la ola, sin poder percibir el futuro ni volver la cara al pasado, pues únicamente nos percatamos de la inercia del presente, y éste nos golpea de frente, justo en el momento en que no podemos evitar el impacto: ésta es nuestra *modernidad postergada*, nuestra *globalización tardía*, nuestro *liberalismo social* y, ¿por qué no decirlo?, la triste realidad que produce la intensidad de los tiempos sociales en Chiapas.

Pero nos gusta insistir, y nuevamente aquí estamos, porque esa puede ser la fuerza que rompa el círculo de reproducciones desatinadas. Las utopías adquieren hoy un *status* de sobrevivencia, pero tienen que ser proyectos de vida, para la vida. Una de ellas sigue siendo la educación, la Universidad, pero, sobre todo, los estudiantes (los estudiosos), los jóvenes en general.

Con ellos, y para ellos, se trata de construir los espacios para la acción, donde se puedan crear condiciones para el desarrollo económico, cultural y académico de la sociedad chiapaneca (léase: los casi cuatro millones de personas). Esas son las tareas urgentes, esos son los compromisos ineludibles, ese es el escenario posible, donde ensayemos ser distintos, siendo aun los mismos.

Pero también, ante la globalización de nuestras economías y la expansión de los grandes mercados internacionales, la lógica inclusiva (propia de la cultura maya), que nos puede permitir comprender los “mundos sociales” de esta región, van perdiendo valor explicativo conforme nos dejamos avasallar por la bolsa de valores mexicana, y ésta, a su vez, por los capitales de Oriente: ese es el reto mayor, sostener nuestra cultura en el huracán de la posmodernidad y las crisis de valores. Además, ya no es suficiente ni lógica ni metodológicamente— querer explicar problemas locales sin buscar relaciones con los “exteriores”, los “contornos”, “las atmósferas” o “los contextos”; y eso es lo inevitable ante la *globalización*.

Por ello, el recurso de la educación, la ciencia y la tecnología (vistos como productos auténticos) pueden ser la alternativa regional: investigación científica, desarrollo tecnológico, arraigo social, identidad cultural en nuestra tierra y con nuestra patria, Universidad y universalidad,

sociedad y pensamiento, conocimiento y crítica, reflexión y difusión, en suma: ciencia y con-ciencia, histórica y social podrían ser los conceptos que hay que redefinir en el último bienio, para arribar al siguiente siglo.

Entonces, ¿cuál será la lógica del conocimiento científico en el futuro?, ¿es posible recuperar la enseñanza de los conocimientos propuesta por las culturas mayas precolombinas? ¿En qué medida seguiremos siendo distintos de la sociedad nacional, en plena era globalizadora? y ¿cómo y por qué construir un proyecto educativo que señale aciertos y errores, metas y objetivos, pero principalmente—que identifique (para evitarlas) acciones espúreas, viejos y repetidos errores?

Seguramente a pocos pueda interesar esta sobrecarga; más aún cuando ya ha sido bastante difundido y asimilado—que el quehacer científico (y técnico) es más fácil cuanto menos heurístico sea, cuanto menos nos haga pensar, y sólo repetir. Cuanto más holgazán el pensamiento, y más pragmática la acción, mejores ganancias para los inversionistas. Dentro de la lógica formal de los mercados; junto a las preocupaciones utilitarias de las tecno-burocracias y de cara a un mundo cada vez más individualizante, lo mejor y deseable es moverse y operar como ya ha sido establecido. Evitar dificultades, angustias, ríspidas relaciones laborales y académicas es el pensamiento de muchos jóvenes de hoy, inspirados por los jóvenes de ayer. Sin embargo, se cree que para lograr ese nivel de convivencia, y supuesta armonía, “sólo hay que seguir las reglas”, siendo que son precisamente “las reglas” las que han llevado a este estado actual de cosas la vida social, especialmente ahora y principalmente en Chiapas.

Pensar y saber, producir y conocer es posible en los espacios educativos cuando las instituciones se erigen como nuevos actores colectivos. Es allí, entonces, donde profesores y alumnos, administrativos, técnicos y directivos, trabajadores manuales y académicos nos vamos reconstituyendo en sujetos capaces de definir nuestra propia historicidad; como fuerza centrípeta que irradia potencialidades y asume compromisos, sin olvidar el contexto social en que se recrean las relaciones nacionales e internacionales.

Inmersos en este nudo problemático, y de cara a nuestro entorno, es posible empezar a pensar soluciones no sólo a nivel sectorial o a nivel local. Es preciso ¡ya! abstraernos de nuestros puntos cercanos de identificación, para sin olvidar nuestras especificidades—

comprender la intensidad de los tiempos y la velocidad de los cambios sociales en Chiapas, pero a nivel regional, en tanto que espacio de convergencias de múltiples procesos interculturales. Es el momento de aprender de las sociedades nativas, su capacidad milenaria de vivir y convivir en la diversidad, conservando sus valores y reinventándolos, al educar para la vida, con razón y sentimiento, con emoción y respeto, con calidad para el crecimiento y para el desarrollo colectivo, más que para la competencia y el éxito individual.

Tampoco hay que olvidar que, muy a pesar del proceso de globalización de los mercados, la ciencia, la tecnología y la cultura no hemos alcanzado la homogeneización. Así, no podemos trasladar modelos y procesos cognoscitivos y evaluativos de los países desarrollados al nuestro; pues sería ridículo querer competir con comunidades científicas que tienen tradición académica desde hace mucho, que poseen infraestructura de primer nivel y utilizan tecnología de punta, además de contar con recursos financieros que nuestro país no tiene o no quiere o no puede otorgar a nuestras universidades.

El sobreestímulo del personal universitario en materia de productividad académica desemboca en un esfuerzo personal un tanto irrelevante para la ciencia, por cuanto que el objetivo es únicamente el logro de los incrementos salariales más que el conocimiento mismo. Además, se fragmenta y fragiliza la comunalidad universitaria; ya que el trabajo individual es el más rendidor, pues se trata de impulsar un académico solitario y mezquino, mudo y persuasivo, que tiene por meta un premio y no la conquista del conocimiento científico.

Por ello, es deseable retomar la función sustantiva de la Universidad en materia de investigación, estructurar un sistema de investigación universitario que comparta criterios de desarrollo regional con otras instituciones, contribuir a socializar el conocimiento, así como las teorías y metodologías plausibles en el estudio de la sociedad que contextualiza a la Universidad. A lo que conduce ésto es a que se rompa con el aislamiento o el solipsismo del investigador universitario, realizando un salto cualitativo del interés personal del estudioso a las necesidades de la Sociedad, la Universidad y la propia Ciencia.

Al romper con el centralismo del conocimiento, regionalizándolo, se enriquecerían los saberes científicos universitarios y el conocimiento social, regional y nacional. Es decir, no se trata de

aislarse, sino de ubicar en su justa dimensión la producción del conocimiento local y regional, así como aquellos enlaces con el mundo; pues hoy en día no podremos explicarnos fenómenos locales sin relacionarlos con — como dijera Touraine— “la aldea global”, pero también es preciso mencionar las especificidades de nuestra tierra, sus semejanzas con la nación y sus relaciones con el proceso global.

Así, el reto para los jóvenes estudiantes sigue siendo la ciencia y la tecnología, pero con el énfasis de lo humano, lo social, lo regional, insertos en sus comunidades y frente a los procesos de globalización. De ahí que las sociedades diseminadas en esta área nos planteen nuevos temas de investigación, y nuevos procesos de conocimiento. Necesitamos saber: ¿qué realidades educativas hemos producido? y ¿en qué sentido se están produciendo otros procesos que llevan a romper y fracturar familias y comunidades en vez de unir y desarrollar capacidades humanas?; ¿cuál es el comportamiento de las migraciones intrarregionales y el crecimiento urbano, con sus consecuentes problemas socioeconómicos, culturales y educativos?; ¿cómo se comporta la población nativa frente al arribo de nuevos grupos sociales, con culturas semejantes o distintas?; ¿cuáles son las consecuencias del deterioro de las condiciones de vida actual?; ¿cómo se han modificado las capacidades productivas en relación con la educación superior?; ¿qué sucede con los profesionistas del interior de la entidad que desean regresar a sus comunidades? y ¿cómo plantear la reciprocidad universitaria con la sociedad?

También sería interesante conocer: ¿de qué manera se construyen o reconstruyen mecanismos de cohesión social, lealtades familiares e identidades profesionales?; ¿cuáles son las rupturas o continuidades en la formación profesional de los universitarios?; ¿cómo se están formando los docentes?; ¿con qué valores y para qué intereses? y ¿hasta dónde es posible comprender los nuevos problemas educativos para enfrentarlos y resolverlos?

Las decisiones que tomemos — o las que no tomemos— los universitarios de hoy en materia de la producción del conocimiento científico, serán determinantes para la juventud chiapaneca en las próximas décadas. Estamos frente a un proceso que exige definir líneas de acción y de investigación, así como la reorganización del conocimiento, formular políticas que atiendan el quehacer científico y el sistema normativo que regulará y evaluará el desarrollo de la

sociedad cognoscente, tanto como la apropiación, manejo y destino de los usufructuarios de esos saberes.

Estas pueden ser algunas de las tareas que definirán el desarrollo del conocimiento y el afianzamiento de las funciones sustantivas de nuestra Universidad y, probablemente, éstas pueden ser también las variables que están determinando la intensidad de los procesos sociales en nuestra tierra: *ustedes tienen la palabra.*

jcruz@scl.ecosur.mx

Jorge Luis Cruz Burguete. Investigador titular de ECOSUR, doctor en ciencias sociales, con especialidad en sociología, El Colegio de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, 1996-1999. Responsable de *Conformación Territorial y Dinámica Sociocultural de la Frontera Sur*, proyecto institucional SEP-CONACYT, El Colegio de la Frontera Sur. Director del proyecto *Migraciones indígenas y dinámica sociocultural en Comitán y Las Margaritas, Chiapas* (1988-1999), Sistema regional de investigación del Conacyt “Benito Juárez” (SIBEJ). Entre sus obras se encuentran el libro *Identidades de fronteras, fronteras de identidades*, México: CES, El Colegio de México, 1998; y los siguientes artículos “Frontera Sur: La lógica de la diferenciación étnica”, en *Nueva Antropología*, núm. 56, Mexico, 1999; “De la selva a la ciudad. La indianización de Comitán y Las Margaritas, Chiapas”, en *Revista Mexicana de ciencias políticas y sociales*, núm. 182-183, diciembre, México: UNAM, 2001; y “Acerca de las identidades étnicas en Chiapas”, en Kauffer, Edith (edit.), *Identidades, Migraciones y Género en la frontera sur de México*, México: El Colegio de la Frontera Sur, 2002.

Recepción: 18 de octubre de 2004

Aprobación: 5 de noviembre de 2004

Bibliografía

- Bagú, Sergio (1977), *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México: Siglo XXI, 4a. edición.
- Elguea, Javier (1989), *Las teorías del desarrollo social en América Latina, una reconstrucción racional*, México: El Colegio de México.

- Castillo G., Manuel Ángel (1989), *Migraciones laborales en la frontera sur: ¿un fenómeno en proceso de cambio?*, en Seminario sobre la situación actual y perspectivas de población en México, 29 de mayo, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- _____(1989), *Frontera sur y migración: estado actual, necesidades y prioridades de investigación*, en Seminario sobre migración internacional en México, estado actual y perspectivas, mesa 2: La inmigración centroamericana en México, estado actual y modalidades, 4, 5 y 6 de octubre, Cocoyoc, Morelos: CONAPO.
- _____(1990), *Contexto regional y migraciones a la frontera sur de México*, en el Seminario de información y análisis sobre trabajo migratorio y transfronterizo, e indocumentados, 2 de abril, Tapachula, Chiapas, Senado de la República, LIV Legislatura.
- _____(1990), *Las migraciones internacionales en México y el mundo: desafíos de fin de milenio*, en *ibid.*, 19 de junio.
- Cruz Burguete (1989), "Tziscac", en *Religión y Sociedad en el sureste de México*, núm. 162, vol. II, México: Cuadernos de la Casa Chata.
- De Vos, Jan (1991), *El sentimiento chiapaneco, ensayo sobre la Independencia de Chiapas y su Agregación a México*, Chiapas, México: Rodrigo Nuñez Editores.
- Fábregas, Andrés (1988), *Frontera Sur*, México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Farías, Pablo J. (1994), "La investigación en la Frontera Sur", en *Revista del Conacyt*, México.
- Monsiváis, Carlos (1998), "Los jóvenes, la esperanza del ayer", en *Cuarto Poder*, 18 de octubre, Tuxtla Gutiérrez, Chis., p. 31.
- Sandoval Forero, Eduardo Andrés (1998), "El Sistema Nacional de Investigadores", en "Lunes en la ciencia", *La Jornada*, 19 de octubre, México, DF, pp. II y III.
- Tarrio de Fernández, M. (1978), "Expansión ganadera y conflictos políticos en Chiapas", en *Plural*, núm. 76, México.
- Toledo, Víctor (1996), "El Desastre Ecológico del Sureste. Un Siglo de Civilización Petrolera", en *La Jornada Ecológica*, año 4, núm. 44, 18 de marzo, México, DF.
- Touraine, Alain (1996), *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*, México: Fondo de Cultura Económica.